

Prólogo

Mi primer conocimiento de Luis Núñez Ladevéze fue a través de su libro *Critica del discurso literario*, cuya lectura me dispuso muy favorablemente para el trato personal con él, que no tardó mucho en llegar. Por una razón común a aquél, la de su calidad, pero también por otra, más concreta y aun personal, me importa éste, que tengo ahora el gusto de prologar. En efecto, yo diría que Núñez Ladevéze retoma el tema de la comunicación precisamente por donde yo lo dejé, o por el lado del que yo prescindí en la obra *La comunicación humana*. Me explicaré.

La «situación» del estudioso, en la circunstancia de la que salía aquel libro mío era la del *problema* de la comunicación profunda con el otro, comunicación más allá —o más adentro— de lo funcional, objetivo y pragmático. Se pensaba entonces que ésta era imaginativamente posible mediante la endopatía o proyección emocional en él, la cual podía convertirse (Unamuno) en su pura «invención»; y asimismo mediante la «simpatía» o coejecución del mismo acto afectivo-intencional (Scheler), que fundiría a los comunicantes en «comunidad»; o bien, por el contrario, se pensaba que la comunión es casi imposible y siempre «cifrada» (Jaspers), o imposible del todo (Sartre), al menos en el plano interpersonal.

Éste era el problema —problema metafísico— que yo dejé a un lado en aquel libro, para limitarme al análisis del *hecho* de la comunicación. Y éste es el problema fundamental con el que Núñez Ladevéze se enfrenta denodadamente en esta bien trabajada obra, valiéndose de nuevo instrumental.

El término a que el autor acude, «situación», es de evidente cuño existencial. Pero si se me permite aplicar a la palabra su propio método, su esfuerzo teórico consiste en darle un giro postexistencial y llevar a cabo una «innovación» en

su uso y sentido mismos. Porque eso, situación novadora, *plus* creativo que se agrega a la estricta información, excedente del *output* con respecto al *input*, desbordamiento más allá del mensaje codificadamente transmitido, es precisamente lo que el autor significa con la expresión, central en el libro, de «situación de comunicación».

La articulación conceptual de esta percepción es perseguida, fundamentalmente, a través de la «competencia» de Chomsky, nunca meramente repertorial, siempre abierta, creativa. El libro todo podría resumirse como un intento de entender esa creatividad de la comunicación no, como en mis tiempos, desde la perspectiva del «instante» privilegiadamente existencial de la comunicación como comunión, sino desde la lingüística generativo-transformacional. No se trata, pues, ya de una «mística» inefable, sino de la *energeia* humboldtiana del dinamismo propio del lenguaje. El autor distingue entre el fáctico acto de comunicación de los mensajes procesados y la «compenetración» en cuanto participación activa en el proceso. Doctrinas coadyuvantes, así la del «contexto tácito», contexto real y vivo en que se da toda comunicación, la del «sentido», y la que destaca la importancia de las connotaciones, son aducidas para apoyar la tesis de la «situación de comunicación».

Y puesto que acabo de hacer referencia al «contexto», conviene señalar que también esta teoría general se inscribe en un contexto, pues en tanto que la movilización de información y pensamiento, en que el libro consiste, se pone al servicio de la redacción periodística, apunta a la *situación colectiva* de comunicación, a la cual la información abre paso. La afirmación de Umberto Eco, «las leyes de la comunicación son las leyes de la cultura» resume bien, pienso, este amplísimo contexto, esta trascendencia comunicacional siempre en expansión.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN
Catedrático de Ética de la Universidad
Complutense de Madrid